

DOMINGO



Santi, gogoa izango zaitugu.

Santi, no te olvidamos.

20 años sin Santi Oleaga

ETA asesinó al director financiero de El Diario Vasco hace dos décadas, después de una larga campaña de intimidación a los medios de comunicación en Euskadi

Santiago Oleaga, director financiero de El Diario Vasco, fue asesinado el 24 de mayo de 2001. El crimen convulsión a la sociedad vasca y culminó un prolongado acoso intimidatorio que ETA y su

entorno desplegaron en el País Vasco contra los medios de comunicación, sobre todo a partir de la ponencia Oldartzen, que preconizaba la 'socialización del sufrimiento'. Su viuda, Amaia Guridi, y su hijo reflexionan 20 años después sobre la 'mochila' que ha supuesto que la vida de Santi fuera arrebatada por la fuerza del terror. Una mirada hacia la memoria de un pasado en el que los periodistas en el País Vasco ejercían heroicamente su profesión en condiciones de presión y de falta de libertad en las que el factor miedo y, a veces, la indiferencia, se colaban por las es-

quinas como la niebla. Unos tiempos en que las redacciones de algunos medios de comunicación se llenaron de escollos, y en los que tanto El Correo como el Diario Vasco sufrieron ataques a sus instalaciones y a sus profesionales. El más contundente el asesinato de Santiago Oleaga, un día de hace 20 años en el que, pese al profundo dolor, sus compañeros del DV lograron sacar el mejor periódico al día siguiente en un ejercicio contenido y valiente de dignidad y de libertad frente al desafío. El mejor homenaje a Santi, al que nunca olvidaremos.

«Al asesino de Santi solo le diría: ¿Cómo puedes dispararle siete tiros, que no fue ni uno ni dos, y dormir ese día?»

Amaya Guridi Viuda de Santiago Oleaga, director financiero de El Diario Vasco, asesinado por ETA el 24 de mayo de 2001

A. GONZÁLEZ EGAÑA

Amaia Guridi tenía 49 años, dos hijos, Jon y Oihana, y un futuro lleno de ilusiones y proyectos junto a su marido, Santiago Oleaga, director financiero de El Diario Vasco, hasta que la mañana del 24 de mayo de 2001 ETA rompió su vida para siempre. Hacía un mes que Santi, a sus 54 años, acudía a la Fundación Matia de San Sebastián para realizar ejercicios de rehabilitación por una lesión en el hombro provocada por su afición a la pala. ETA lo sabía y le esperó en la zona de aparcamiento. El etarra Luis Carrasco Aseginolaza aguardó a que se bajara del coche y le acrobiló hasta la muerte. Le descerrajó siete tiros por la espalda, mientras otro miembro de la banda, Ibon Etxezarreta Etxaniz, se escondía en los alrededores del centro para emprender la huida. Los dos etarras están hoy en tercer grado, se arrepintieron de su pasado criminal, pidieron perdón y ahora son disidentes de la banda.

Amaya nunca ha querido reunirse con ellos como lo han hecho otras víctimas. Asegura que no necesita que le digan nada. Han pasado 20 años y todavía no puede entender «por qué mis hijos están sin padre» y con un dolor inmenso pregunta al asesino de Santi: «¿Cómo puedes tener el valor de dispararle siete tiros, que no fue ni uno ni dos, siete tiros? ¿Cómo puede alguien dormir al día siguiente?».

—Ha escrito unas líneas sobre estos 20 años. ¿Las quiere leer?

—Esto es lo que he escrito: «Su ausencia sigue viva. Hay muchas situaciones de la vida cotidiana que le echo de menos (se emociona). Cuando surge cualquier problema echo en falta su opinión y su ayuda. Hay muchas ocasiones que con él sería más fácil. Era un gran apoyo para mis hijos y para mí. Ha ha-



▲ Amaya Guridi se emociona y no puede contener las lágrimas.

bidamente situaciones muy importantes en mi vida y en la de mis hijos en estos veinte años que su ayuda hubiese sido muy valiosa para ellos y también para mí. Es duro no tener la referencia de Santi».

—Se emociona mucho...

—Cuando leo lo que pienso me emociono, porque lo veo tan injusto que, aunque hayan pasado veinte años, sigue doliendo. Es difícil...

—Entrar en El Diario Vasco, ¿le sigue encogiéndole el estómago?

—Son un montón de recuerdos... Al leer la placa (en memoria de Santi) que está ahí abajo, te das cuenta a qué vienes. Aunque han pasado veinte años, es muy duro porque todo se revuelve de nuevo. No hago estos pensamientos todos los días, al final los guardas, no puedes estar pensando cada mañana cuando te levantas: no está Santi o Santi haría esto o lo otro. No. Hay situaciones puntuales, pero cuando vienes aquí es volver a recordar lo que pasó.

—¿Qué es lo que más duele? —Vivir sin él. La pérdida de un pa-

dre, todo lo que se han perdido ellos... Y él de ellos... Estaría tan orgulloso de sus hijos...

—¿Han comentado algo en casa estos días que se acerca la fecha del aniversario?

—Nadie ha dicho nada. Yo les he dicho: 'Voy a El Diario Vasco' y cuando digo eso todo el mundo sabe a qué voy y ahí se acaba la conversación. Nadie añade nada. Remover ese cajón de los recuerdos es muy doloroso.

—¿A usted le ha ayudado compartir sus reflexiones con otras personas que han sufrido lo mismo?

—Me ha ayudado mucho. He hecho amistad con personas que han vivido lo mismo y que han sido más cercanas a mí, por la época y porque son del entorno de San Sebastián. Vivir la misma tragedia te une. Todas sabemos que estamos ahí para acompañarnos y escucharnos en cualquier momento.

—La familia ha estado a su lado siempre, también se merece un homenaje.

—Estoy muy agradecida a mi familia, porque siempre los he tenido al lado y han estado apoyándome. Mis hijos los primeros. Me han respetado todas las decisiones que he tomado. Siempre sabían a dónde iba, lo que hacía y en ningún momento se han opuesto a que pudiera contribuir con mi testimonio. He estado en el Foro de Víctimas del Ayuntamiento de Donostia, en Glenreece (Irlanda), en las aulas...

—¿Los amigos también han estado ahí?

—He tenido cerca a mucha gente que ha sido una tabla de salvación. Me gustaría nombrar a Juan Mijangos y a su mujer. Me he sentido querida y acompañada. Aparecieron en mi vida como dos salvavidas. Sé que Juan lo pasó muy mal, como mucha gente de El Diario Vasco.

—Meses atrás habían ocurrido otros atentados y hubo muchas amenazas contra medios de comunicación. ¿Alguna vez hablaban de que pudiera suceder algo en el periódico?

—No tengo el recuerdo de que él se sintiese amenazado, desde luego a mí no me transmitía nada. Él sabía que El Diario Vasco era objetivo de ETA, pero pienso que tampoco me quería preocupar.

—¿Cómo recuerda el día anterior al atentado, su última conversación con Santi?

—Se me ha borrado...

—¿No recuerda nada?

—Nada. Se me ha borrado el día entero y creo que se me ha borrado del horror que viví el día 24. Se me cayó el mundo encima y no soy capaz de acordarme.

—¿Desayunaron juntos esa mañana?

—Nos levantamos a las siete de la



La viuda de Santi Oleaga muestra parte de su álbum familiar, tras la entrevista.

FOTOS: FELIX MORQUECHO

mañana, siempre desayunábamos juntos e imagino que desayunaríamos, pero es que no me acuerdo. No me acuerdo de nada.

—Usted se fue a trabajar al colegio sin saber absolutamente nada de lo que había pasado.

—Fui como siempre andando al colegio y me metí en clase. De lo único que me acuerdo es de que en el radio de casa escuché que había habido un atentado, pero no dijeron nombres y me fui a trabajar. Eran las ocho y media o así. Dijeron que algo había pasado en Matia, y pensé en la calle Matia. Pero aunque hubieran dicho que era en la residencia Matia tampoco me hubiera imaginado nada porque nunca pensé que podía pasarle eso a él. Estando en clase me llamaron para que saliera. Pensé que le habría ocurrido algo a algún niño, hasta que me lo dijo la directora.

—¿Recuerda qué le dijo?

—'Han asesinado a tu marido'. Y



«Lo veo tan injusto que, aunque hayan pasado veinte años, sigue doliendo igual que aquel día»

yo le dije: «¿Qué?». Pensé: «Esta persona está loca! Pero ¿qué me estás diciendo?». Ella decía: «¿Pero su marido no es Santiago Oleaga?». «Sí, pero no, se han tenido que equivocar», insistía yo. Creo recordar que me llamó Berridi (director general de El Diario Vasco) y yo le decía: «¿Pero tú le has visto a él? Quiero saber si le has visto». Le repetía: «Que se han equivocado, que no puede ser él». Y en ese momento me dijo: «No, no, que le he visto yo». Entonces yo es cuando...
- Su hija Oihana también estaba en el colegio.
- Estaba haciendo un examen, le fueron a buscar y me la pusieron delante.

«¿Pero tú le has visto? Quiero saber si le has visto. Que se han equivocado, que no puede ser él, le insistía a Berridi»

- ¿Para que se lo contara usted?
- Me la pusieron allí delante y se lo tuve que decir: «El aita ha tenido un atentado». Oihana se quedó... Bueno, las dos... Nos abrazamos. Fue espantoso...
- Ese horror no se le ha olvidado.
- Ese día no se me ha borrado, no. Ese momento lo recuerdo perfectamente.
- ¿Y la directora qué hacía? ¿Le cogió de la mano?
- No, nada.
- ¿...?
- Después apareció un coche de la Ertzaintza, nos montamos y nos llevaron a casa. Cuando llegamos, Jon estaba sentado en su habitación, quieto. Y estuvo así por lo

«Si es de corazón prefiero mil veces que estén arrepentidos. Al final esas personas terminarán en la sociedad, quiera yo o no»

menos tres horas. Llegó la familia y todo lo demás, pero ya no recuerdo bien...
- Y fueron pasando como pudieron los primeros días, meses, años...
- El principio es horrible porque no tienes fuerzas ni para ponerte de pie. Lo recuerdo como un espanto. Todo me daba igual. Tuve una depresión de muchos años. A mí lo que más me costaba era el día a día y ver que no estaba Santi. Pero no es que me costó un mes, que me costó años, que le preguntaba a la psicóloga: «Dime cuánto tiempo tiene que pasar para que yo me levante y no esté ausente como el primer día». Me levantaba

y era siempre igual: No está Santi, ha pasado esto y esto... Y al día siguiente igual. Todos los días eran como el primero y no me entraba en la cabeza otra cosa. Solo pensaba: «¿Y esto cuándo se acaba?».
- Afortunadamente llega ese día. ¿Qué es lo que pasa para que llegue?
- Yo creo que es el tiempo. No te das cuenta y llega un día en el que te levantas y ya no es: «Le han matado a Santi, ya no tienes marido, estás sola, no vas a trabajar, vete al psicólogo, tómate las pastillas...». Va pasando poco a poco y un día desaparece. No está Santi, pero empieza a ser diferente... ¡Pero, fue tanto tiempo...! Que yo decía: «¿Esto cuándo se acaba?». Recuerdo aquello con terror, era inhumano, mi cabeza no asimilaba la situación.
- Y debía ocuparse de los hijos...
- Claro, había que sacar fuerzas, porque además ellos también estaban mal. Toda la familia sufría.

- No volvió a trabajar de profesora. ¿No pensó que le podía venir bien?
- Sí, hubo momentos cuando pasó el tiempo, pero creo que me faltaban fuerzas porque en la enseñanza necesitas estar tú muy bien psicológicamente, porque te tienes que ocupar de un aula. Tuve una baja detrás de otra y al final me dieron una incapacidad. A mí no me jubilan ni los años ni el colegio, a mí me jubila ETA, tal cual.
- ¿Ha sentido el apoyo de la gente en su entorno?
- Sí, sí. Lo que pasa es que a la gente aquí, y me incluyo, nos cuesta mucho manifestarnos. Muchas veces la gente no sabe cómo aproximarse. Aquí la gente no te da cuatro abrazos y se echa cuatro llozos contigo. Somos así.
- El asesino de Santi, Luis Carrasco, y el otro etarra que participó en el atentado, Ibon Etxezarreta, se han arrepentido y han pedido perdón. Usted nun- ➤

> ca ha querido hablar con ellos...

– Yo a Ibon Etxezarreta le he tenido a un metro delante de mí.

– ¿Y le dijo algo?

– No. Yo no he ido a buscarle ni él a buscarme a mí, pero en una conferencia en la que participaban víctimas apareció y, claro, no me voy a echar a correr. Él sabe quién soy, por supuesto, pero...

– ¿Se cruzaron la mirada?

– Yo le miré pero, primero a mí no me sale decirle nada y tampoco necesito que él me diga nada. "Que me has destrozado la vida a mí y a mis hijos. Entérate!", es lo único que le puedo decir si le tengo ahí (se enfada). Mi vida cambió radicalmente. Y no es empezar de cero, empiezas de menos diez o menos veinte, pasas unos años que estás en la caverna hasta que flotas un poco. ¿Y por qué? ¿Me puede explicar alguien por qué mis hijos están sin padre? ¿Qué razón tenías para hacer eso? Tanto a mí como a las otras víctimas. ¿Qué razón tienes para hacer eso, por favor, para quitar a una persona de esta vida? ¿Cómo puedes tener el valor de dispararle siete tiros, que no fue ni uno ni dos, siete tiros? ¿Cómo lo puedes hacer? ¿Cómo puede alguien dormir al día siguiente? ¿Me lo cuentas? No lo entendía el primer día y veinte años después tampoco lo entiendo. Y no quiero que me lo explique porque no hay explicación. Querían destruir a El Diario Vasco y destrozaron una familia entera, ¿qué justificación das? ¿En qué cabeza cabe?

– ¿Y todo eso no ha querido decirselo a la cara?

– Me habrá leído cuarenta veces. Pero el cuerpo no me pide estar con ninguno de ellos y no voy a estar. Este mundo es muy grande, tenemos muchas aceras, que vayan por la suya, que yo iré por la mía.

– Etxezarreta, encarnado por el actor Luis Tosar, es uno de los protagonistas de la película 'Maixabel'. ¿Qué le parece?

– Me parece bien. Sin más. Las actuaciones de las víctimas las respeto profundamente estando de acuerdo o no.

– ¿El hecho de que personas como estos dos presos hayan hecho autocrítica ayuda a avanzar en la convivencia, aunque a usted no le sirva de mucho?

– Yo prefiero mil veces que estén arrepentidos a que salgan de la cárcel y sigan pensando: "Somos unos héroes". Como hacen algunos con el puño el alto. Si es de co-

razón, lo prefiero porque al final esas personas van a terminar en la sociedad, quiera yo o no. Yo estoy de acuerdo con las leyes y la justicia.

– ¿Para usted es creíble su arrepentimiento?

– Yo sí me lo creo. Pero te voy a decir por qué. Porque me conviene creerlo. Me conviene a mí, no a ellos. Yo no estoy en su piel ni en su cabeza, pero para mí interior, para mi tranquilidad, sí me conviene. Entonces me lo creo. ¿Su conciencia...? Allá ellos.

– Hay muchas víctimas que afirman que lo hacen para obtener beneficios.

– Puede que sí. Eso no lo vamos a saber porque no estamos dentro de su cabeza. Pero es que, sinceramente, prefiero y acepto que pueda ser que sí. Me conviene creerme a pies juntillas que es que sí.

– ¿Cree que es buena idea que algunos de estos expresos de ETA arrepentidos puedan ir a las aulas a dar su testimonio?

– Lo he pensado y me parece bien que vayan, siempre y cuando el objetivo de que vayan esté muy claro y sea muy concreto. Porque tiene que ser con un arrepentimiento clarísimo, no se puede ir a meter odio. Cuando yo fui a las aulas tenía claro que yo solo iba a contar la historia de lo que me había pasado a mí. Y es que ellos (los alumnos) lo aceptan perfectamente, con un silencio atronador. Depende del enfoque que se le dé puede ser positivo para que esta historia no se vuelva a repetir.

– Han pasado casi diez años desde el cese definitivo de ETA. Pero aún hay tareas pendientes para algunos. ¿Le molesta que desde EH Bildu no sean capaces de decir que fue injusto asesinar?

– Sí. Me molesta. Y los diría que es muy fácil. Que utilicen la empatía, que se pongan en el lugar de la víctima. No me parece normal que digan que es justo que le matasen a Santi. Ya me dirás por qué. Creo que por ahí detrás hay mucha influencia del problema que tienen, que son los presos.

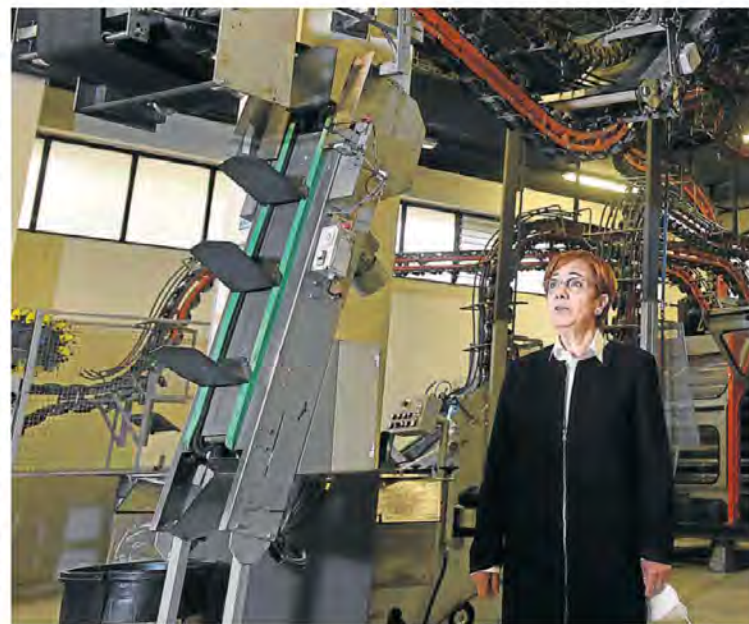
– ¿Qué le parece que se acerque a los presos de la banda a cárceles próximas a Euskadi?

– No me molesta para nada. Yo quiero que se cumpla la ley y la ley dice que pueden estar cumpliendo cerca de los familiares porque para ellos también tiene que ser complicado ir a Cádiz a ver a un hijo.

– ¿Y los 'ongü etorris' cuando salen de prisión?

– No me parece justo. Yo entiendo que una madre, un padre, unos tíos quieran recibir al hijo, al sobrino si ha estado preso veinte años, pero es que se pueden hacer las cosas con dignidad. Si quieren manifestar su alegría y quieren celebrarla, que lo hagan discretamente, lo demás me parece inhumano.

De turistas por Sevilla, a bordo del típico coche de caballos andaluz.



Santi y Amaia, en unas vacaciones en Salou.



«Me traía al periódico como si fuéramos al Louvre»

Amaia Guridi rememora la preocupación diaria de Santi Oleaga por El Diario Vasco: «Lo consideraba como su casa. Es más, lo quería como si fuera suyo»

A. G. E.

SAN SEBASTIÁN. La viuda de Santi Oleaga recorre las instalaciones de El Diario Vasco, en una de las últimas visitas antes del traslado a la nueva sede en Miramón. Con inmenso cariño y admiración recuerda las anécdotas de la vida de su marido en el periódico que consideraba

como su casa. «Es más, quería al Diario como si fuera suyo», rememora Amaia Guridi. «Se puso la rotativa nueva y me traía como si fuéramos al Louvre. Y yo venía tan feliz», se emociona al recordar.

– Han contado juntos más de un domingo las bobinas de papel del periódico, una de sus muchas preocupaciones.

– «Nos damos una vuelta al Diario», me decía. Cogíamos las bicicletas y acabábamos contando bobinas en el almacén de papel del periódico. ¿Hay que contar todo esto? De ahí vas a sacar muchos periódicos», le disuadía yo. Cuantas más bobinas había,



▶ En medio de la nieve, en un viaje de trabajo de Santi en Finlandia.

▶ El día de la boda, el 8 de julio de 1977, en la iglesia de San Pedro en Bergara.



▶ En la terraza del Ayuntamiento de San Sebastián, con el ciclista italiano Gianni Bugno.



▶ Santi, con papeles del trabajo en la terraza de su casa en Donostia.



▶ Amaia Guridi, durante el recorrido por las instalaciones de la rotativa de El Diario Vasco, se detiene junto a la máquina encartadora. FÉLIX MORQUECHO

más contentos nos íbamos a casa. ¡Adoraba tanto esto! Me decía muchas veces: 'Si gana la Real, vendemos más periódicos. Así que tiene que ganar...'. También viajábamos juntos a visitar fábricas papeleras de Alemania, Finlandia, Suecia... Esos viajes son inolvidables.

Oleaga, durangués de nacimiento, se marchó a estudiar la carrera a San Sebastián y se convirtió en donostiarra «y de la Real». El cursaba 3º de Empresariales en lo que hoy es el campus donostiarra de la Universidad de Deusto y conoció a una jovencita Amaia de 18 años, bergaresa de nacimiento. Se vieron

por primera vez en un bar de la calle Zubieta.

– ¿Qué le llamó la atención de Santi?

– Bajaba a un bar, con sus compañeros del piso de estudiantes en el que vivía, a jugar a las cartas y yo salía a tomar café en el descanso de las clases del Preu en Jesuitinas. Empezamos a saludarnos y a tratarnos cada día más. Todavía hoy echo mucho de menos los paseos por la playa, los encuentros cuando salía de trabajar e iba hasta el túnel de El Antiguo a buscar a Santi, los cumpleaños en familia...

Guridi cita de manera muy especial al sacerdote Alfredo Ta-

mayo Aiestaran que cada año, hasta que falleció en 2014, le dedicaba una misa a Santi en una capilla pequeña de la Universidad. Había sido su profesor en la carrera. «Lo hacía con todo el cariño. Recordaba hasta el sitio en el que se sentaba en clase. Estaba muy comprometido con la denuncia de ETA y siempre remarcaba lo injusto que había sido su asesinato, igual que los de todas las víctimas. Al principio no se atrevía a decirme nada porque sabía que yo estaba muy mal, pero desde que fui la primera vez con mi familia, todos los años recordábamos juntos a Santi».

Unos momentos más con él

JON OLEAGA
Hijo de Santi Oleaga



Han pasado 20 años desde ese día que lo cambió todo en la vida de mi familia. Es sorprendente cómo funciona la psique humana, un hecho tan traumático y la memoria de esos días ha estado años alegarada, hasta hace poco donde cada detalle viene a mi mente de forma mucho más clara. Puede ser el tiempo, puede ser la madurez, o pueden ser una mezcla de ambas. Lamentamos cosas como haber rechazado que te acercara a la universidad ese 24 de mayo para pasar unos momentos más con él.

Han sido 20 años de momentos compartidos perdidos, de todas las veces que le hubiera consultado decisiones cruciales de mi vida. Precisamente, muchas veces me pregunto qué hubiera pensado mi padre si me viera ahora mismo.

La convivencia en el País Vasco nunca fue fácil, ni durante mi infancia, ni ahora, al fin y al cabo, te das cuenta que la sociedad sigue dividiendo, que las ideas se intentan imponer, y se persigue crear esa sociedad de buenos y malos, de blanco y negro, sin ningún tipo de matices. En las últimas elecciones madrilenas, he sido consciente de lo fácil que es volver a vecino contra vecino, de lo sencillo que es buscar un enemigo,

haciendo un reduccionismo de la realidad propio de una película del Señor de los Anillos. Profundamente triste de ver cómo todos los sesgos que nos hacen humanos, también nos hacen vulnerables. La convivencia en el País Vasco no era muy diferente hace veinte años, y todavía quedan resquicios de lo mismo. Hoy en día, en un mundo tan global no entender que la pluralidad y diversidad son positivas, es un gran error.

Muchos partidos hacen campaña con las víctimas del terrorismo, y he llegado a ver comentarios y mensajes en Twitter realmente terribles, de una empatía prácticamente nula, del «y tú más» que realmente lamento. La violencia no tiene cabida en una sociedad moderna, tenemos instrumentos hoy en día para transmitir nuestras ideas o intentar cambiar lo que no nos gusta en consenso con los demás. Cualquier tipo de violencia es injustificable.

En multitud de ocasiones me han preguntado si siento algún rencor hacia la persona que asesinó a mi padre, y no es así. Me da pena porque tiene que vivir con una muerte sobre su conciencia que le perseguirá toda su vida. Vivir con odio y dejarles crear división es lo mismo que permitirles ganar.

Asesinato en Andoain.
El cadáver de López de Lacalle, tapado con una sábana, tras su asesinato...
IGNACIO PÉREZ



Cuando Patxi Baztarrika, entonces director de gabinete de Román Sudupe como diputado general de Gipuzkoa, llamó por teléfono con la voz entrecortada aquella soleada mañana de mayo, el mazazo fue tremendo y la conversación lacónica, como un telegrama. Casi sin palabras, estaba todo dicho. Él fue el encargado de dar la noticia a algunos periodistas de El Diario Vasco. A Santi lo habían tiroteado a la salida del centro de Matia, junto al edificio del antiguo Geriátrico, después de que hiciera algunos ejercicios de rehabilitación. La mañana, luminosa, quedó truncada por el espanto. El atentado contra el director financiero del periódico no fue para nada un hecho aislado, fue un salto cualitativo y perverso en el marco de una estrategia de acoso e intimidación al periodismo vasco en libertad. El impacto fue demoledor.

Señalamiento. La presión había comenzado tiempo atrás, y se había hecho particularmente intensa antes de mayo con ataques y amenazas. Directivos y periodistas de medios de comunicación aparecieron en las listas de comandos de ETA, con seguimientos de sus movimientos, cuando andaban en moto, cuando hacían deporte o iban al gimnasio. Los escoltas comenzaron a proliferar en determinados lugares y a determinadas horas y hasta en los periódicos llegó un momento en el

El acoso al periodismo en Euskadi se tiñó de sangre

La intimidación El asesinato de Santiago Oleaga culminó una ofensiva de presión de ETA contra los medios de comunicación, consciente de que perdía la batalla de la opinión en el País Vasco, que fue decisiva en el fin del terrorismo

ALBERTO SURIO

que formaban parte del paisaje habitual. ETA había puesto en marcha hacia tiempo una dinámica de 'socialización del sufrimiento' para extender el conflicto a amplios sectores sociales y presionar así en favor de su 'negociación'. El objetivo era el mismo: socavar los mecanismos democráticos de decisión y condicionar los movimientos políticos en Euskadi. El periodismo libre les incomodaba profundamente en su concepción totalitaria y negadora de la sociedad vasca. Trabajar en estas condiciones de presión en pleno corazón de la Europa próspera y civilizada resultaba insólito. Pero ocurrió. Y no hace tanto tiempo.

La mirada totalitaria. Eso lo sufrimos siempre. El inicio de la Transición vino marcado en Euskadi por esa amenaza permanente. En 1977 fue asesinado Javier Barra y Bergé, que había sido secuestrado el 20 de mayo de ese año y cuyo cadáver apareció el 21 de junio en el bosque del monte Gorbea. Barra era consejero del Banco de Vizcaya y de Babcock Wilcox y presidente de EL CORREO. En junio de 1978 fue asesinado por ETA un periodista de raza como José María Portell.

En los años 90 se redobló la presión. La época del Pacto de Lizarrá tensó de forma considerable las relaciones entre nacionalistas y no nacionalistas. ETA animó aquellos años la exclusión de la sensibilidad no nacionalista o au-

tonomista, se empeñó en minar la convivencia y quiso quebrar los posibles puentes en una apuesta por la polarización social. La defensa de los criterios más pactistas y más transversales, que eran bien apreciados en la sociedad vasca, resultaba incompatible para la dinámica esencialista y excluyente de la violencia. Había un componente integrista en esa persecución que sufríamos. Incluso reivindicábamos la tradición liberal fuerista cuando en la casa solariega de Vicente Zaragüeta, en Hernani, nos recordaba el pasado traumático entre carlistas y liberales y la necesidad de curar las heridas para las próximas generaciones.

«No les llames fascistas», me dijo un amigo de la izquierda abertzale, buen conocedor del 'lado oscuro', pero empeñado en acabar con la tragedia. Lo hizo como un consejo 'bienintencionado', aunque en su momento me generó una notable zozobra. Quizá porque era consciente de que el término les hacía políticamente daño y porque revelaba que hacía tiempo que ETA empezaba a perder la batalla de la opinión pública en Euskadi, decisiva en inclinar la balanza hacia el fin de las armas. Ya el Pacto de Ajuria Enea fijó con claridad una línea divisoria prepolítica entre la violencia y la democracia y ancló al nacionalismo democrático sociológico en el bloque hegemónico de la paz. Una pieza básica en la deslegitimación



plástico rellena con pólvora junto a otra oficina de este periódico y causó pequeños desperfectos.

El 4 de junio un grupo de radicales atacó con cócteles molotov la delegación de EL CORREO en Las Arenas, pero no llegaron a estallar. El 7 de julio un artefacto que se hallaba oculto en una mochila causó desperfectos en la sede de Este periódico en Vitoria. El 7 de diciembre desconocidos colocaron un artefacto explosivo de fabricación casera ante la puerta de la delegación de El Diario Vasco en Eibar, que no llegó a explotar. El 22 de octubre de 2000 un paquete bomba fue enviado al domicilio en San Sebastián de José María Muguruza, consejero de El Diario Vasco, quien llevó el artefacto a la Ertzaintza, que se encargó de desactivarlo.

El 7 de mayo de ese año ETA asesinó en Andoain al columnista de El Mundo José Luis López de Lacalle. Algunos años antes de asesinarle mientras iba con su bolsa de periódicos, López de Lacalle colaboró también en las páginas de Opinión de El Diario Vasco. El que suscribe este artículo recuerda la última vez que pudo hablar con él en persona, en un restaurante de la plaza la Trinidad de San Sebastián, ya desaparecido, que se llamaba Clerly. Con el tiempo siempre pensé hasta qué punto fue una locura atreverse a pisar la Parte Vieja donostiarra, un lugar que durante años estuvo 'vetado'.

Un amenazado me reconoció que uno de los momentos más dolorosos de su ostracismo era renunciar a ese espacio de intimidad y privacidad en el Viejo, que había sido un lugar muy ligado a su juventud y en el que había conocido a su pareja. Tanto que una vez llegó a utilizar una silla de ruedas de su padre para pasear, disfrazado y sin que fuera reconocido. No pudo resistir la prueba y tuvo que marcharse entre sollozos, emocionado por semejante insólita experiencia que ponía de relieve las escenas surrealistas que muchas veces ha provocado el terrorismo.

El año 2000, después del atentado contra López de Lacalle, marcó un punto de inflexión en la estrategia de ETA para forzar los cambios y condicionar las decisiones. Que ese era el fondo de su proyecto ideológico y político de imposición totalitaria, como apuntaba Joseba Arregi, una apuesta muy

hostil desde el principio a la Euzkadi del Estatuto de Gernika. Se producía después de los años en los que las víctimas fueron sobre todo los agentes de las Fuerzas de Seguridad del Estado, o los empresarios vascos; muchos de ellos tuvieron que soportar en silencio el chantaje y la extorsión. Sin decir a su familia ni una palabra, en una contención muy 'guipuzcoana' de temperamento que exasperaba a las fuerzas de seguridad porque no lograba establecer la trazabilidad de la cadena de amenazas.

Libertad amenazada. El asesinato de Santi Oleaga venía precedido de esta campaña permanente. Incluso, de los planes de atacar directamente contra la redacción de El Diario Vasco, según los datos de los que disponía la Ertzaintza. La coacción al periodismo vasco se libraba desde hace tiempo. Dio un salto cualitativo con el envío de un paquete-bomba a la redactora de El País Aurora Intxausti. Un fallo mecánico en la bomba que ETA le había preparado le salvó la vida. El 10 de noviembre de 2000, Intxausti y su marido, Juan Palomo, corresponsal de Antena 3, se dirigían como cada mañana a la guardería con su hijo, que entonces tenía 18 meses. Al abrir la puerta de su domicilio sonó un pequeño estallido. Era el detonador de una olla cargada de explosivos camuflada en una maceca, que podía haber matado a los tres. El artefacto no explotó, pero la amenaza de ETA los expulsó del barrio donostiarra de El Antiguo en el que, durante décadas, había vivido su familia.

El 3 de marzo de 2001, radicales atacaron por la noche con 'cócteles molotov' la redacción central de EL CORREO, en el barrio bilbaíno de Bolueta. El 15 de mayo de ese mismo año, el periodista Gorka Landaburu recibió en su casa de Zarautz un paquete remitido por una revista a la que estaba suscrito. El paquete-bomba, enviado por ETA, contenía 150 gramos de dinamita Titadyne, explotó al abrirlo y le causó graves heridas en el rostro y el abdomen y la amputación de una falange del dedo índice de la mano derecha y una falange de todos los dedos (excepto el pulgar) de la izquierda. Su domicilio fue también varias veces objetivo de ataques de grupos violentos. La amenaza le obligó a lle-

LOS DATOS

► **Pedro Briongos.** El 21 de marzo de 2000 un artefacto estalla en la puerta de la vivienda de los padres del redactor jefe de EL CORREO Pedro Briongos.

► **López de Lacalle.** El 7 de mayo de 2000 ETA asesina al columnista de El Mundo José Luis López de Lacalle.

► **Aurora Intxausti.** ETA atenta el 10 de noviembre de 2000 con un paquete-bomba que no explota contra la periodista de El País en San Sebastián Aurora Intxausti.

► **Gorka Landaburu.** El 15 de mayo de 2001 ETA envía un paquete-bomba al periodista de Zarautz Gorka Landaburu que le provoca graves heridas.

El Diario Vasco y El Correo sufrieron muy de cerca durante años las campañas de intimidación de los violentos

Las amenazas contra directivos y periodistas convirtieron en los escoltados en el paisaje cotidiano de algunos medios

var escolta durante años.

Los ataques continuaron hasta el 2008. El 8 de junio, una bomba que contenía cinco kilos de explosivo estalló sin previo aviso, en las instalaciones de EL CORREO en Zamudio. Otros medios en el País Vasco como EITB, Radio Nacional, EFE, Antena 3 y TVE también fueron objeto de amenazas y atentados a lo largo de estos años. Y numerosos periodistas fueron 'señalados' e intimidados.

El 'relato' sobre el pasado implica rescatar la memoria de esa época en la que había que trabajar por la convivencia artículo a artículo, noticia a noticia, teletipo a teletipo. Entonces no existían, o eran incipientes, los medios digitales y las redes sociales, y el periódico manchaba con su tinta. Por eso resulta emocionante recordar aquella pelea tan sobria.

Contra las amenazas. Los ataques a los medios se redoblan a partir de 2000. Concentración en defensa de la libertad de expresión en el Peine del Viento. MICHELENA



social, política y cultural del terrorismo.

Cuando los periodistas, los escritores, los profesores universitarios... tenían que salir de las ruedas de prensa o de las aulas de la universidad escoltados, cuando tenían que llamar a las contratas municipales cada dos por tres para borrar las pintadas en las calles, veíamos como el fanatismo iba extendiendo sus tentáculos por el País Vasco como si fuera una hidra anónima. Años antes de que Fernando Aramburu lo describiera en 'Patria', muchos sabíamos ya de sus capítulos más sórdidos y siniestros. De lo importante que era no poner tu apellido en el buzón de casa para evitar lo peor, de la conveniencia de no quitarse el casco de la moto al dejarla en el garaje y subir a casa con el miedo metido en el cuerpo aquellas noches de los años 90.

Los prolegómenos del asesinato de Santi fueron reveladores de esa estrategia de intimidación, que se acrecentó en 2000. El Diario Vasco y EL CORREO la sufrieron muy de cerca. El 21 de marzo de 2000, un artefacto casero estalló junto a la puerta de la vivienda en Bilbao de los padres del redactor jefe de este periódico, Pedro Briongos. La deflagración causó daños materiales en la puerta y en los cristales del portal. El 29 de abril fue lanzado un cóctel molotov contra la delegación de El Diario Vasco en Tolosa. El 14 de mayo estalló en San Sebastián una botella de

Años antes, el movimiento de delegitimación de ETA había prendido también con fuerza en determinados ámbitos. Lo hicieron los militantes de Gesto por la Paz y muchos alcaldes y concejales, sobre todo en determinados municipios conflictivos de Euzkadi. A comienzo de los 80 surgió el iniciativa de 'los 70'. El protagonista de Koldo Mitxelena, de Eduardo Chillida o de Xabier Lete abrió una brecha de vanguardia que con el tiempo ha adquirido más peso, si cabe. Años después, escritores como Bernardo Atxaga, Ramón Saizarbitoria, Anjel Lertxundi o Lourdes Oñederra indignaron sobre el dolor de las víctimas, sobre la tragedia moral callada que se mascaba en muchos pueblos de Gipuzkoa, sobre las familias rotas, sobre los silencios, sobre las ambigüedades, sobre los temores a ser excluidos del círculo social. Siempre he pensado la necesidad de que desde la literatura, el ensayo y la ficción se evoque la valentía y el compromiso que también se dieron la mano entre nosotros en este combate silencioso por la dignidad.

Después empezamos a ver que el final de la violencia comenzaba a ser factible. La izquierda abertzale, hermética durante años en su burbuja de aislamiento, también se 'movía' ante el principio de realidad como se descomponen un bloque de hielo con el calor y el buen tiempo. Le metáfora de cómo se derrite la nieve en invierno la acuñó Jesús Eguiguren en un almuerzo en la entonces casa Nicolasa en la que explicaba a redactores de este periódico los entresijos que podían conocerse del diálogo que precedió a la llegada de la paz. El fin de ETA iba a llegar como se derrite la nieve. La comida terminó con un brindis con champán. Siempre nos motivó la idea de que algún día deberíamos informar a toda plana sobre el adiós a las armas. Era el titular soñado y esperado. Y, tras años sin ninguna esperanza, empezábamos a ver luz al final del túnel.

Tiempo de silencio. Ha llovido bastante desde entonces. La violencia ha desaparecido de nuestras vidas pero aquel pasado no. Las nuevas generaciones no vivieron aquella época. O la conocen poco. La vida no es fácil para los jóvenes. Muchos se forman como nunca, aunque luego les cuesta encontrar trabajo. Muchos de ellos se conectan desde fuera con el periódico y te recuerdan que en sus años de adolescencia leerlo era la pasión del día. Este ejercicio de nostalgia encierra cierta épica de periodismo romántico. La certeza era cerrar a la hora para llegar bien a todos los quioscos. Aquellas bobinas de papel que Santi le gustaba enumerar en la rotativa de Igarra eran la garantía de no convertir aquellos días en un tiempo de silencio. No lo fue en absoluto, aunque algunos lo pretendieron llevando el dolor a muchas familias. En el fondo, es lo único que lograron.